

VAN GOGH

Julian Bell

Van Gogh

Traducción de
Ernesto Hernández Busto

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin permiso previo del editor.

Título original: *Van Gogh: A Seething Power*

Publicado bajo licencia de Amazon Publishing en colaboración con Sandra Bruna Agencia Literaria.

© Julian Bell, 2015

© de la traducción: Ernesto Hernández Busto, 2021

Imagen de la cubierta:

Van Gogh, *Autoretrato con sombrero de fieltro gris*, 1887
Museo Van Gogh, Ámsterdam

De esta edición:

© Editorial Elba, S.L., 2021

Avenida Diagonal, 579

08014 Barcelona

Tel.: 93 415 89 54

editorial@elbaeditorial.com

ÍNDICE

Introducción · 11

Santo · 13

Pecador · 43

Perro · 71

Aventurero · 97

«Japón» · 133

Quebrado · 171

Notas · 215

*Este libro está dedicado a la memoria de
Oliver Lindsay Scott (1951-2011)*

Introducción

Este libro nace de mi amor por Vincent van Gogh, el pintor excepcionalmente emotivo, y por Vincent van Gogh, el escritor de cartas de una elocuencia desgarradora. Al investigarlo, he llegado a conocer algo de Vincent, el animal social, el inadaptado que se abrió un arduo camino en los Países Bajos y la Francia de finales del siglo XIX. También he llegado a querer este tercer lado de Vincent, aunque no siempre *me gusta*. He escrito el libro porque, a mi modo de ver, hay un espacio abierto entre las tres facetas del hombre. Aunque las cartas ofrecen el comentario más notable que cualquier artista haya proporcionado sobre su propia obra, a menudo pueden no concordar con lo que Vincent en realidad pintó y con el registro de sus acciones, y de hecho, con frecuencia están en desacuerdo entre sí. Estas diferencias internas requieren de una voz externa para interpretarlas. Mi objetivo ha sido ofrecer una interpretación actualizada, no mistificada, concisa y al mismo tiempo compasiva.

Buscaba concisión porque, en el momento en que escribo esto, en 2013, los recursos para la biografía son enormes. En lo que respecta a los más de dos mil cien dibujos, pinturas y grabados que Vincent realizó durante sus diez años de carrera como artista, el catálogo razonado en un tomo de Jan Hulsker (revisado por última vez en 1996) se complementa ahora con una serie de catálogos que detallan la colección del renova-

do Museo Van Gogh de Ámsterdam. Los volúmenes que se han publicado hasta la fecha son modelos de erudición contemporánea. Lo mismo ocurre con la maravillosa edición de todas las cartas, publicada en 2009 y editada por Leo Jansen, Hans Luitjen y Nienke Bakker. Cuando se trata del expediente fáctico de acciones, cualquiera que como yo se halle interesado en Vincent sólo puede estar profundamente agradecido a Steven Naifeh y Gregory White Smith por la minuciosidad con que han recopilado e examinado las pruebas en su *Van Gogh: The Life* (2011), de 953 páginas, por mucho que sus conclusiones sean discutibles.

Llego a esta tarea con mi propia experiencia de trabajo como pintor. Desde ese ángulo, las acciones de Vincent parecen importar porque sus pinturas importan, y no al revés. Creo que él habría estado de acuerdo con ese orden de prioridades, y también creo que gran parte de su vida la vivió con alegría porque la empleó en ese tipo de trabajo. No obstante, mi sentido de la oportunidad, como expongo en este relato sobre Vincent, tiene menos que ver con la pintura que con el comportamiento. Con una orquesta de información como la que tenemos ahora, y con una partitura tan compleja, un recién llegado sólo puede subirse al escenario con cierta turbación. Lo que sigue es un intento de encontrar la melodía y el tono.

Santo

1

De niño, a Vincent van Gogh le gustaba explorar los matorrales y las riberas de los arroyos. Un nido de reyezuelos escondido en un brezal de zarzas, con su cono de tallos, hojas y musgo, o los de gorriones y tordos en los espinos, o las hamacas tejidas de la oropéndola dorada, captaban su mirada. (Hay que incluir el reyezuelo y la oropéndola «entre los artistas», escribirá más tarde.)¹ Más cerca de su casa, se agachaba en un arroyo, buscando entre berros y juncos para atrapar escarabajos y meterlos en una botella.

La provincia de Brabante, que se extiende a ambos lados de la frontera entre los Países Bajos y Bélgica, es en gran parte tierra pobre y arenosa, y en la década de 1860, la superficie ganada a sus brezales y sus bosques de robles y pinos era todavía bastante escasa. Campos de centeno se extendían junto a una orilla del arroyo, el hogar de las alondras que aparecían en verano. En la otra orilla, prados y patatales bordeaban el camino en pendiente hacia la puerta del jardín. Elisabeth «Lies» van Gogh, seis años menor que Vincent, recordaba la figura de su hermano cuando se acercaba a esa puerta: rechoncho, enérgico, con los hombros encorvados y el ceño fruncido sobre los «ojos pequeños y hundidos».² Pasa por donde juegan ella y sus otros dos hermanos –Anna y Theo, nacidos dos y cuatro años después que

Vincent-, luego junto a sus padres, que pasan gran parte del tiempo en el jardín, y sube las escaleras. En el dormitorio del segundo piso que comparte con Theo, vacía la botella. Agrega el botín de insectos de la expedición a su colección en una caja de cartón forrada, donde inscribe cuidadosamente los nombres científicos sobre cada espécimen marcado.

La madre de Vincent, llamada también Anna, de soltera Carventus, estaba en el jardín para cuidar sus macizos de caléndulas y mañanitas, para instruir al jardinero sobre las hileras de guisantes y árboles frutales más allá, y para animar a sus hijos a trabajar en las parcelas que ella les había asignado.

A su esposo, Dorus (abreviatura de Theodorus), le gustaba sentarse allí para escribir sus sermones. Los domingos por la mañana, Dorus salía por la puerta principal, seguido por su familia, también vestida de negro, y se dirigía a la derecha por el lado sur de la plaza del mercado de Zundert, cruzando otra plaza arenosa del pueblo, para asumir sus funciones como rector de la Iglesia reformada holandesa. Poco admirado en el púlpito, aquel hombre bajo y delgado que murmuraba y divagaba mantuvo, sin embargo, la autoridad moral, educativa y financiera entre su pequeña congregación, defendiendo los intereses protestantes en un rincón predominantemente católico de los Países Bajos.

Si bien la mayoría de los campesinos de Zundert compartían su fe con sus compañeros de Brabante al otro lado de la frontera belga, los Van Gogh defendieron la cultura urbana holandesa en aquel asentamiento rezagado junto a los páramos. En la rectoría

no faltaban lecturas edificantes. La Biblia tenía la supremacía, pero muchos escritos modernos parecían complementarla. El *Cuento de Navidad* de Charles Dickens instaba a los que se reunían junto al fuego a sentir lo desolada que podía llegar a ser la vida sin compasión mutua. Johann David Wyss contaba la historia de *El Robinson suizo*, en la que los miembros de una familia muy unida naufragan en una playa tropical, se enfrentan a la naturaleza salvaje y consiguen dominarla. Aquí había una superposición imaginativa con las incursiones de Vincent al páramo y al arroyo, para complementar las identificaciones de especies que le ofrecían los volúmenes de historia natural. Del mismo modo, el sentimiento del niño por la vida de las cosas pequeñas encontraba una voz en los cuentos de hadas de Hans Christian Andersen, que prestaban personalidades extravagantes y trémulas a los arbustos, las flores y los zapatos.

Dickens, Wyss y Andersen guiaban a sus lectores hacia una amable responsabilidad social, y esto coincidía con la tendencia preferida de Dorus dentro del protestantismo holandés contemporáneo. La escuela de teología de Groninga proponía que Dios nos habla a cada uno de nosotros a través de nuestro corazón; que nuestra experiencia del mundo natural es uno de los lenguajes que emplea, y que el papel de la iglesia era menos inculcar que nutrir y facilitar esta educación moral.

Era una posición moderadamente progresista en una época que resuena con los escritos románticos de principios del siglo XIX y con las secuelas de la Revolución francesa y su radical sacrilegio. El cometido de Dorus, sin embargo, no era tanto hacer avanzar las co-

sas como mantenerse firme en la defensa de su propio «pilar de la sociedad» confesional (según la fraseología holandesa), un componente del sólido edificio que fue el Reino de los Países Bajos. Una de sus manos se extendía para ayudar a los necesitados, como los campesinos protestantes de su parroquia enfermos o en horas bajas, mientras que la otra saludaba a los más afortunados y respetables. Las ambiciones del rector eran tan modestas como su estatura física; toda su vida laboral discurrirá de esta manera, sin quejas, entre los bosques de Brabante.

Dorus había seguido los pasos de su propio padre en la iglesia, ocupando el puesto de Zundert en 1849. No obstante, durante mucho tiempo los Van Gogh habían considerado que eran «alguien» –personas con «una posición honorable en el mundo», como dice Johanna «Jo» Bonger, la cuñada de Vincent, en sus memorias–. Entre ellos, como en el Estado holandés en general, el deber piadoso iba estrechamente ligado al éxito mundano. Dos de los hermanos mayores de Dorus habían ingresado en el Ejército –uno, Jan, para convertirse en almirante–, mientras que otros tres crearon sus propios negocios. Hendrik «Hein» van Gogh con una librería en Rotterdam y Cornelis «Cor» van Gogh con otra en Ámsterdam fueron eclipsados por la espectacular buena suerte de Vincent «Cent» van Gogh, para quien Hein acabaría trabajando.

El tío Cent aprovechó el *boom* económico europeo de mediados de siglo vendiendo cuadros. Las reproducciones (grabados en acero y luego fotograbados, que muestran escenas históricas o religiosas, lugares lejanos, niños y animales hermosos y cualquier otra

cosa que pudiera adornar un hogar respetable) fueron el pilar de su emporio en La Haya. Con numerosos creadores de pinturas locales que aprovechaban la tradición holandesa de *fijnschilderij* (meticulosa pintura naturalista) que había sobrevivido en cierta medida desde la «edad de oro» artística de la nación, dos siglos antes, Cent también importó imágenes de salones y academias en el extranjero. Su talento para el negocio de las imágenes llamó la atención de un jugador aún más importante en ese campo, Adolphe Goupil, en París, quien lo invitó a unir fuerzas.

A partir de 1861, después de que Cent se convirtiera en socio minoritario de Goupil & Cie, vivió una elevada estabilidad financiera y social, con una mansión en París y otra construida a medida en las afueras de Breda, la ciudad de Brabante donde su padre había predicado.

A Cent y al un poco más joven Dorus –el cosmopolita afable y el serio párroco rural, el hombre de los mil cuadros y el hombre de la Palabra verdadera– sus respectivos matrimonios los habían unido en una extraña hermandad: Anna Carbentus, esposa de Dorus desde 1851, era la hermana mayor de Cornelia, con quien Cent se había casado el año anterior. Ayudó al emparejamiento el hecho de que las mujeres estuvieran al mismo nivel social que los hombres: su padre, Willem, dirigía un prominente negocio de encuadernación en La Haya. Los Carbentus eran piadosos y firmes trabajadores; Anna, en particular, fue acreditada por Jo Bonnger con una «inquebrantable fuerza de voluntad». Al parecer, también fueron víctimas de la mala suerte psicoquímica: uno de los siete hermanos de Anna y Cor-

nelia fue diagnosticado como «epiléptico»; otro murió, en circunstancias oscuras, por su propia mano; y el propio Willem sucumbiría en la cincuentena a alguna forma de «enfermedad mental».

El matrimonio de Cent y Cornelia no tuvo hijos. Dorus y Anna comenzaron su familia con un hijo llamado Vincent... y lo hicieron, de hecho, dos veces. El primer destinatario del nombre nació muerto, y aún hoy su lápida confunde a los visitantes de la Iglesia reformada holandesa de Zundert. El otro, nacido exactamente un año después, el 30 de marzo de 1853, sería enterrado en Francia treinta y siete años después.

2

Había escarabajos, pájaros y sus nidos, y las palabras de los libros que los identificaban. Había juegos de jardín para organizar a los más pequeños: Anna, Theo y Lies, a los que se unirían Wilhelmina, o «Wil», cuando Vincent tenía nueve años, y Cornelius, o «Cor», cinco años después. Más allá de los cumpleaños de cada uno, estaba la emoción más profunda de la Navidad, santificada cada año por los abetos y las lecturas de Dickens. Estaba la elaboración de regalos familiares, que bien podían ser dibujos hechos al natural, ya que su madre había introducido a todos sus hijos en este logro estándar de las clases educadas. Estaba la reinención, después de que se apagaran las luces, de los cuentos de aventuras en beneficio del pequeño Theo, que compartía el dormitorio.

Y luego estaba la escuela. Al principio, Vincent asistió a clases en el pueblo, pero después de un año,

Dorus y Anna lo sacaron por temor a que las malas compañías estuvieran echando a perder a su hijo. Durante los tres años siguientes se contrató a una institutriz con el propósito de prepararlo para su ingreso en el internado, a los once años. Pero ni la escuela de Zevenbergen ni en la que ingresó dos años después en Tilburg, otra ciudad de Brabante, parecen haber dejado a Vincent algo que agradecer. Aprendió, evidentemente, ampliando sus conocimientos de francés, inglés y alemán y del canon literario europeo, pero no se acercó a ningún maestro ni hizo amigos íntimos. El único recuerdo de Zevenbergen del que luego escribiría fue el de «estar parado en un rincón del patio de recreo cuando vinieron a decirme que alguien», su padre, «me estaba esperando».³ La principal evidencia de los años de Tilburg es una foto escolar de 1867 en la que se puede distinguir a un chico de catorce años hosco y altivo, con un lenguaje corporal que marca una distancia del «ellos» circundante. La separación se convirtió en ruptura en marzo de 1868, cuando, por razones no documentadas, abandonó la escuela para regresar a la casa parroquial en mitad del año escolar.

Los padres deben abrir los brazos a los niños descarriados; no hay nada que los Evangelios recalquen con mayor certeza. Pero éste fue un regreso a casa bastante difícil, según los registros familiares. Desde el principio, su vigoroso hijo mayor no había sido fácil: «Nunca estuve más ocupada que cuando sólo teníamos a Vincent», recuerda su madre.⁴ Dorus y Anna, con sus inclinaciones liberales, sufrieron para acomodarse a un niño que era insensible a las sutilezas sociales que ellos valoraban y que era insufrible cuando se frustraba. La

concentración que Vincent podía aplicar a un nido o un insecto se transformaba en pura ferocidad cuando se involucraba en una batalla de voluntades familiares, y muy temprano, al parecer, esta fuerza salvaje puso a su padre, más frágil, a la defensiva. ¿Qué está haciendo ahora aquel patán adolescente de anchos hombros con una mata de cabello rubio rojizo a quien oímos dar un portazo al salir? Sin duda, ha salido a vagar de nuevo por el páramo. Nunca sabían cuándo volvería; le importaban más las tormentas, las ventiscas y el anochecer que los rituales de tomar café con la familia del médico y otras «buenas personas» de la parroquia, amigas de su madre.

Durante más de un año, se produjo un estancamiento antes de que el muchacho pudiera emprender nuevos caminos. Si no estaba hecho para heredar el papel de su padre en la sociedad, al menos podría hacer carrera en los negocios de su tío. En julio de 1869 Vincent, con dieciséis años, dejó Zundert para comenzar un aprendizaje en el emporio artístico de Goupil & Cie en La Haya. Se convirtió en uno de los dos asistentes de la sucursal que embalaba láminas para los clientes, ayudaba a colgar lienzos en la galería de bellas artes anexa a la tienda y llevaba cuidadosamente el inventario. El trabajo implicaba adquirir un conocimiento práctico de todos los estilos contemporáneos del «arte», definido desde la perspectiva de un vendedor —desde romances «trovadorescos» medievales hasta vistas de las pirámides, desde tímidas ninfas hasta los escarpados páramos y claros del bosque pintados por los paisajistas de Barbizon—. Vincent se volvió muy competente en todo esto. Como escribe su hermana Lies en sus memo-

rias, el naturalista ahora se reciclaba en coleccionista de «imitaciones de la naturaleza».⁵

El joven gerente de la sucursal designado por su tío, Hermanus Tersteeg, representó para el aprendiz un modelo provisional a seguir: amable, elegante y culturalmente seguro de sí mismo. Vincent utilizó el poco tiempo libre que tenía para pasear por las calles adustas y frías de La Haya y ampliar sus lecturas, consiguiendo disfrutar de la poesía romántica. Al mismo tiempo, tenemos a un adolescente tardío con el barrio rojo a sólo un pequeño desvío del camino desde la tienda hasta su alojamiento, un giro que reconocidamente tomó, prestando atención a la sabiduría popular de la época según la cual la explotación sexual podría ser lamentable, pero la masturbación significaba la ruina. En cualquier caso, un burdel ofrecía una solución rápida para la soledad. Tras un año de aprendizaje, su hogar ya no era su hogar: la Iglesia reformada trasladó a Dorus y su familia desde Zundert a otra parroquia a más de treinta kilómetros de distancia. El desarraigo se sumaba a las muchas razones por las que Vincent pudo haberse sentido «desanimado» y, a modo de consuelo, disfrutar una pipa («te hace mucho bien»)⁶.

El elogio que hace Vincent del tabaco se encuentra junto al elogio de Goupil & Cie –«una compañía tan fina»– en las primeras páginas que se conservan de su correspondencia, uno de los grandes documentos literarios del siglo XIX.⁷ Sería magnífico citar al destinatario de estas recomendaciones, el hermano de Vincent, Theo, el otro protagonista de esta historia, ya que en muchos sentidos fue corresponsable de la obra de Van Gogh. Pero faltan pruebas para atribuirle ese papel. El